



Joel James se graduó en The Master's Seminary en Los Ángeles, California y ministra como Pastor y maestro en la Membresía de Grace, Pretoria.

*Copyright © Joel James, 1999, 2001
Versión Revisada*

Escritura extraída de La Biblia, Versión Reina Valera, 1960 ®. Usada con permiso.

Copyright © The Lockman Foundation 1960, 1962, 1963, 1968, 1971, 1972, 1973, 1975, 1977, 1995. Usado con Permiso.

Traducido al español por: Natalia Begué de Costanza

Publicado por: Asociación Iglesia Cristiana Evangélica en Rosario. – Registro de Culto Nro. 149

Benito Pérez Galdós 548 (2000) – ROSARIO (Rep. Argentina)

2 0 1 0

-8-

Cómo lidiar con la calamidad

Originalmente publicado en inglés con el título: How to Handle Calamity

Estudio de la fe temerosa del Señor extraído del libro de Job

Prefacio

Este fascículo creció de una serie de sermones que prediqué en la Congregación de Grace, Pretoria, en el 2002. En los meses previos, nuestra pequeña iglesia había enfrentado la muerte, tumores cerebrales, cáncer, abuso infantil, asaltos, roturas familiares, colapsos financieros y una multitud de calamidades menores.

En el transcurso de unas pocas semanas aconsejé a una mujer que había visto cómo habían matado a su esposo de un balazo frente a sus ojos, otra que contrajo SIDA, una víctima de violación y a un amigo que se encontraba en medio de la horrible división de su iglesia. Al mismo tiempo, mi esposa se encontraba en las garras de una enfermedad que la dejó incapaz de levantarse de la cama, y dejó a los doctores buscando explicaciones. No me sentía como Job, me sentía como el pastor de Job.

Frente a todo eso, nuestra iglesia formulaba las mismas preguntas que formulas tú cuando enfrentas la calamidad: ¿Quién está al control? ¿Por qué sucede esto? ¿Cómo deberíamos responder? Como marineros buscando un refugio en un huracán, fuimos a la Palabra de Dios y anclamos en el libro de Job. Para muchos cristianos, Job es extenso y complicado, un libro para evitar. Pero en nuestras calamidades, encontramos en sus lecciones las diferencias entre la fe y la duda, la esperanza y la desesperación.

En Job, encontramos a Dios – un Dios tan grande, tan sabio y tan amoroso que no tuvimos que comprender por qué estaban pasando tantas cosas malas. Con un Dios así guiándonos, estábamos contentos de caminar por fe, no por vista. Espero que saques provecho de las lecciones del libro de Job, de la misma manera en que lo hicimos nosotros. Cristo lo utilizó para pastorearnos; creemos que Él también lo utilizará en tu vida.

Joel James

Job y la Sabiduría del Antiguo Testamento

Tres de los más fascinantes libros en el Antiguo Testamento son Proverbios, Job y Eclesiastés. Lo que tal vez no te des cuenta es que Dios tuvo la intención de que esos tres libros trabajasen juntos como una unidad. Como miembros de un equipo deportivo bien entrenados como una unidad, de manera que cada uno de estos libros hacen una contribución única para comprender cómo obra la vida en el universo de Dios.

Comienza con Proverbios. Proverbios es atildado, entendido y lleno de confianza en sí mismo. «*Cásate conmigo,*» dice la Señora Sabiduría en los primeros capítulos del libro de Proverbios, «*y tendrás paz, seguridad, prosperidad, larga vida y buena salud.*» En el mundo de Proverbios, los buenos son bendecidos y los malos son vapuleados. Aquellos que siguen la sabiduría son recompensados; los mentirosos, holgazanes y mofadores sólo encuentran desesperación.

Tan lejos como van los principios axiomáticos, los Proverbios son ciertos. Camina en sabiduría y encontrarás que tu vida es bendecida por Dios, estable y llena de recompensas. Sin embargo, Job, mira desde su montón de cenizas y pregunta: «¿Es eso siempre cierto? ¿Es siempre cierto que los que temen a Dios tienen paz y estabilidad y los malvados sufren calamidades?» Así como un canguro necesita de una cola para no caerse cuando hace un salto de cinco metros, de la misma manera la atildada cuestión-de-hechos de los Proverbios, necesita que Job le haga un balance¹¹¹.

La vida no es siempre cortar y pegar los Proverbios. Job muestra que hay excepciones incomprensibles – un hecho que hasta el tan seguro libro de los Proverbios tiene que admitir: «*De Jehová son los pasos del hombre; ¿cómo, pues, entenderá el hombre su camino?*» (Proverbio 20:24).

Eclesiastés va aún más lejos al dolor de la vida bajo la maldición del pecado del mundo. No sólo, aparentemente, las personas buenas son masacradas por la calamidad, sino que nos cortan la respiración cuando suceden. «Si así es el mundo, entonces, preferiría estar muerto,» se queja Salomón en Eclesiastés 4. Proverbios presenta la vida como debería ser, Job como es a veces «en vez de» y en Eclesiastés, la frustración que sentimos cuando estamos en medio del «en vez de.»

Sin embargo, a pesar de sus evidentes diferencias, esos tres libros sabios finalmente promueven el mismo mensaje. Proverbios lo anuncia en su introducción: «*El principio de la sabiduría es el temor de Jehová*» (1:7; 9:10). Eclesiastés

¹¹¹ Para más información sobre esto, ver: *La Sabiduría de los Proverbios, Job & Eclesiastés*, de Derek Kidner, (Downers Grove, Illinois: Intervarsity Press, 1985).

mete sus narices en algunos callejones oscuros, pero presiona inexorablemente hacia esta conclusión: «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre» (Eclesiastés 12:13).

En Job 28:28, Job declaró lo que él sabía que era cierto – aún cuando estaba teniendo problemas para aplicarlo – «He aquí que el temor del Señor es la sabiduría.» La frase, «el temor del Señor», no se emplea en los últimos capítulos de Job, pero ¿cuál es el arrepentimiento silencioso y la mano sobre la boca de Job en los capítulos 40 y 42, sino la respuesta sobrecogida de aquel que ha visto a Dios y ha temblado?

Como un pastor conduce a su rebaño, estos tres libros sabios conducen al lector a una respuesta: la clave para manejar lo bueno, lo malo y lo feo de la vida es la humilde y sobrecogedora relación con un Dios, que es tan grande que confiarás en Él; y lo harás ya sea que comprendas o no lo que Él está haciendo. La contribución de Job a ese trío es única. Registra la experiencia personal de un hombre que perdió tanto que su propio nombre fue sinónimo de sufrimiento. Job ha caminado el camino. Se ha encontrado con Dios. Su sufrimiento era real, pero realmente aprendió a confiar en Dios en medio de todo eso. En el próximo capítulo, lo conoceremos.

¿Quién está al control?

Los tornados son uno de los fenómenos naturales más poderoso de Dios. En el ojo de un tornado, los vientos pueden exceder fácilmente los 300 kilómetros por hora. De hecho, he visto una foto de un trozo de casa volando a través de una cerca de madera en medio de un tornado. Si un tornado golpea tu casa, no quedarán ni siquiera pedazos para recoger.

Una vez leí una entrevista con una mujer cuya casa había sido arrasada por un tornado. Mirando los escombros, ella le dijo al reportero, «Dios no estuvo en esto. Dios no quiso que esto sucediera.»

¿Es cierto eso? ¿Es barrido Dios junto con la corriente de una catástrofe, tal como un tornado, capaz de intervenir? ¿Están los eventos trágicos de nuestras vidas – los desastres naturales, enfermedades, crímenes violentos y guerras – fuera de Su

¹¹² Tanto el autor de Job como su fecha de escritura son inciertas; el texto simplemente no lo dice. Probablemente el mismo Job vivió en la era de los patriarcas – luego de la Torre de Babel, pero antes de Moisés. Ambos patrones de Job sobre el sacrificio para su familia (en lugar de un sacerdote levítico) y el período de tiempo de la vida de Job (aproximadamente 200 años) sugieren esto.

control? Esas son preguntas importantes para responder bíblicamente. Los teólogos lo llaman *teodicea*: un intento de explicar el rol de Dios en el sufrimiento y en el dolor. Cuando golpea el desastre, lo llamamos vida y muerte: «¿Quién, si es que hay alguien, está al control de *esto*?»

Muchos cristianos culpan a Satanás por cada cosa mala que sucede. En esta vista de la calamidad, Satanás es casi igual a Dios en poder – ciertamente, él excede a Dios en las artimañas. Siempre tienes que mirar por encima de tus hombros, nunca debes estar seguro de cuándo Dios girará Su espalda y Satanás te saltará con una emergencia divina no anticipada.

Otros enseñan que ni Dios ni Satanás están al control de la calamidad: *tú* lo estás. Por ejemplo, los predicadores de prosperidad enseñan que te enfermas cuando te enfermas a ti mismo hablando o pensando negativamente. Si piensas positivamente y tienes la suficiente fe, nada malo te sucederá.

Por lo tanto, ¿quién está al control?: ¿Satanás? ¿El hombre? ¿Dios? Los primeros dos capítulos de Job nos dan la respuesta, una respuesta definitiva, reafirmante y bíblica. Cuando un tornado arrasa con tu casa, una enfermedad con tu salud o un divorcio con tu familia – cuando el mundo parece estar fuera de control – Dios está al control.

Conoce a Job

Los primeros dos capítulos de Job se dividen en tres escenas terrenales y dos celestiales.

Primera escena terrenal: Se nos presenta a un hombre llamado Job. (1:1-5)

«Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal.» (Job 1:1)¹¹²

Job fue un hombre real que vivió, amó y sufrió así como lo cuenta el libro que lleva su nombre. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento lo mencionan por su nombre¹¹³, confirmando que Job no fue simplemente una figura legendaria. Según Job 1:1, Job vivió en Uz, en el Norte de Arabia, un área al Sudeste del Mar Muerto.

Job fue un nombre de carácter noble. Fue, de hecho, el vivo ejemplo de lo que debía ser un hombre en el Antiguo Testamento. Era *«perfecto y recto, temeroso de*

¹¹³ Ezequiel 14:14 y Santiago 5:11.

Dios y apartado del mal.» El carácter de Job era tan imaculado como un paragolpes cromado en una exhibición de autos.

La palabra *«perfecto»* significaba ser completo. Job era completo moralmente – no había pecados ocultos, ninguna mancha ni desgarró en su vestimenta de santidad. Job era recto – recto como una flecha en todo su camino. Job también era temeroso de Dios – afrontaba la vida con una devoción asombrosa y llena de fe por su Creador. Y habitualmente, Job se apartaba del mal. Intentar que Job hiciese lo malo era como intentar presionar al mismo tiempo los polos de dos imanes – siempre giraba bruscamente hacia la derecha o hacia la izquierda. En síntesis, Job era el mejor trofeo en la repisa de la gracia de Dios.

Aparte de su implacable carácter, Job también había sido bendecido por Dios en todas las áreas que un hombre podría desear.

«Y le nacieron siete hijos y tres hijas. Su hacienda era siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, y muchísimos criados; y era aquel varón más grande que todos los orientales.» (Job 1:2-3)

Con diez hijos (incluyendo muchos niños para seguir con el apellido de la familia), y una cartera de ganado sin precedencia, no cabían dudas por qué Job era llamado el hombre más importante de todo el Este. Job también tenía algo que los hombres más exitosos no tenían: una familia unida. Sus hijos tenían con frecuencia banquetes juntos (lo cual es típico de los ricos y famosos.)

«E iban sus hijos y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día; y enviaban a llamar a sus tres hermanas para que comiesen y bebiesen con ellos. Y acontecía que habiendo pasado en turno los días del convite, Job enviaba y los santificaba, y se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días.» (Job 1:4-5)

Encima de todo esto, Job ofrecía regularmente sacrificio para asegurarse de que sus hijos estuviesen en una posición de recibir las bendiciones de Dios. En el mundo del Antiguo Testamento en donde el hombre bendecido por Dios era un hombre envidiado (Salmo 1:1), Job estaba expuesto.

Satanás, el acusador

La vida plácida y bendecida por Dios de Job era envidiada por sus amigos y vecinos y resentida por el archi enemigo de la paz y de las bendiciones, Satanás.

Primera escena celestial: Encontramos, al «Acusador»

«Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás. Y dijo Jehová a Satanás: ¿De dónde vienes? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: De rodear la tierra y de andar por ella.» (Job 1:6-7)

Entre los seres angelicales que se presentaban a Dios en el versículo seis había uno llamado *Satanás*, literalmente «el adversario» o «el acusador.» Era una palabra extraída de las cortes de la ley hebrea – la palabra para aquel que trae la acusación. Textos más adelante (Apocalipsis 12:9, por ejemplo) asigna este nombre al líder de los ángeles caídos, el demonio, el mismo que una vez engañó a Adán y a Eva en el Jardín. En esta escena celestial, ese mentiroso y homicida Acusador había venido para su informe periódico ante Dios.

«Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia.» (Job 1:8-11)

Mientras Dios alababa el carácter único de Job, el Acusador fue inmediatamente al ataque. «Seguro, conozco sobre Job. ¿Por qué no te serviría? Le diste todo lo que quiere. Pero permíteme decirte un secreto sobre Job que no conoces, Dios. Job sólo está por las bendiciones. Job no te ama; él ama todo lo que le das. Quita sus juguetes, y conocerás al verdadero Job. A Job le gusta tu dulce y tus burbujas, Dios, pero cuando dejes de darle lo que quiere, él te hará a un lado como una lata vacía de Coca Cola.»

Satanás estaba frustrado porque Dios había «hecho un vallado alrededor de Job» (versículo 10). Era un cerco demasiado alto como para que Satanás pudiese trepar. De hecho, en el versículo once, Satanás reconoce que sólo una mano podía causar la calamidad en las vidas del pueblo de Dios.

*«Pero extiende ahora **tu** mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia.»* (Job 1:11, énfasis agregado)

¿Quién está al control de la calamidad? Por su propia confesión, Satanás no lo está. El tuvo que implorar para que Dios golpeará a Job. Sin el permiso de Dios, Satanás no hubiese podido siquiera tocar el dedo del pie de Job. En el versículo 12, Dios

le dio permiso a Satanás para atacar a Job, pero también estableció límites estrictos sobre el ataque.

«Dijo Jehová a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él. Y salió Satanás de delante de Jehová.» (Job 1:12)

Algunos cristianos dicen que Dios es tomado por sorpresa o que se ve imposibilitado de intervenir cuando golpea la calamidad. Ellos no tienen ese punto de vista de la Biblia. Job 1 presenta a Dios como completamente a cargo de la calamidad de Job. De hecho, Satanás tuvo que pedir permiso de parte de Dios antes de que pudiese poner un dedo sobre las posesiones de Job. Y Dios prohíbe estrictamente a Satanás que ataque la salud física de Job. Dios estaba utilizando a Satanás como una herramienta para cumplir Su propósito – ni más, ni menos – en la vida de Job.

Evidencia mayor

De hecho, no sólo Job 1-2, sino todas las Escrituras transmiten el hecho de que ni Satanás (ni los hombres, por ese motivo), están a cargo de la calamidad. Por ejemplo, Satanás no es la fuente de las discapacidades físicas, de los defectos de nacimiento, o de las enfermedades como creen muchos cristianos. Dios lo señaló cuando Moisés discutió en la zarza ardiente sobre la «torpeza» de su lengua y, por lo tanto, su incapacidad para ser el mensajero de Dios.

«Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua. Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová?» (Éxodo 4:10-11)

Dios alegó tener el control directo sobre los defectos de nacimiento, un hecho confirmado en el Nuevo Testamento cuando Jesús se dirigió a la pregunta sobre por qué el hombre en Juan 9 había nacido ciego.

«Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.» (Juan 9:1-3)

Satanás no está al control de la calamidad; tampoco lo está el hombre. José dijo sobre el acto de sus hermanos cuando lo vendieron en esclavitud, «*Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien*» (Génesis 50:20). ¿Quién controla el secuestro y la esclavitud? Dios.

La corrupción policial y los crímenes violentos son las dos calamidades que muchos temen en Sudáfrica. Cuando Jesús fue injustamente arrestado en medio de la noche y violentamente asesinado al día siguiente, ¿quién estaba al control?

«A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole.» (Hechos 2:23)

Reflexionando en los eventos fuera de control del arresto de Jesús y de la crucifixión, Pedro sabía quién había estado siempre en control. ¿Las indiferentes y corruptas autoridades romanas? ¿Los judíos asesinos? No. Dios y Su determinado plan.

Las palabras humanas – positivas o negativas – no controlan mágicamente lo bueno ni lo malo. Jeremías escribió las siguientes preguntas retóricas luego que Jerusalén había sido borrada del antiguo mapa por las legiones de Babilonia:

«¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó? ¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno?» (Lamentaciones 3:37-38)

Muchos otros textos de las Escrituras también confirman que Dios es soberano sobre la calamidad.

«Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí. Yo te ceñiré, aunque tú no me conociste, para que se sepa desde el nacimiento del sol, y hasta donde se pone, que no hay más que yo; yo Jehová, y ninguno más que yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto.» (Isaías 45:5-7)

En Amós 3, el profeta enumeró una serie de cosas que él creyó que eran evidentes por sí mismo.

«¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo? ¿Rugirá el león en la selva sin haber presa?... ¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho?» (Amós 3:3-4, 6b)

Salomón lo dijo de esta manera en Eclesiastés 7:14, *«En el día del bien goza del bien; y en el día de la adversidad considera. Dios hizo tanto lo uno como lo otro, a fin de que el hombre nada halle después de él.»* Ni Satanás, ni los hombres, ni nuestras confesiones controlan la calamidad. Dios lo hace. Esa es exactamente la imagen presentada en Job. Hasta que Dios no dio su permiso, Satanás no podía tocar ni a Job ni a sus posesiones.

Un día de destrucción

Segunda escena terrenal: (Capítulo 1) En un día de enloquecedora destrucción, Satanás orquestó cuatro desastres separados para acabar con Job (1:13-19). Todos los bueyes y las asnas de Job fueron robados y sus siervos degollados. Todas sus ovejas habían sido destruidas por los rayos del cielo y los pastores incinerados. Todos sus camellos fueron secuestrados y sus guardianes masacrados. Sin embargo, el evento más devastador de todos en el día de la calamidad fue la muerte de los

diez hijos de Job, aplastados por una cascada de ladrillos cuando un tornado derrumbó la casa del hijo mayor.

Mientras cada jadeante siervo terminaba de relatar su desdicha, otro caía a los pies de Job jadeando la noticia de un fresco holocausto. La respuesta de Job ante su ruina total fue una respuesta temerosa del Señor.

«Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró.» (Job 1:20)

Rasgar el manto, rasurar la cabeza y caer al piso eran expresiones comunes de dolor en la cultura de Job. Adorar no lo era. Pero Job no era un hombre común.

«Y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito. En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno.» (Job 1:21-22)

Job sabía que todo lo que había recibido en la vida, había sido un regalo de Dios – nada de esto era merecido. Lo que Dios dio, Dios tenía el derecho de quitar. El final del versículo 22 dice literalmente: *«Job no le atribuyó la locura a Dios.»* En otras palabras, Job no acusó a Dios de haberse equivocado cuando Él quitó la vida de sus hijos, de sus empleados y de haber dejado a Job en una ruina financiera.

Si al principio no tienes éxito...

Segunda escena celestial: (Capítulo 2) Job no había cedido ante la presión como había previsto Satanás. Sin embargo, el Acusador, fue rápido para encontrar una explicación: Dios no había tocado lo que era máspreciado para Job – su tesoro escondido. *«Toca su salud,»* dijo entre dientes Satanás, *«y Job se volverá contra ti más rápido que una cobra.»*

«Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, y que todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa? Respondiendo Satanás, dijo a Jehová: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia.» (Job 2:3-5)

¿Notaste nuevamente el reconocimiento de Satanás sobre quién está al control? Él le rogó a Dios, *«extiende ahora tu mano...»* Satanás puede orquestar la acción, pero él sabe completamente bien quién está a cargo.

«Y Jehová dijo a Satanás: He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida.» (Job 2:6)

Tercera escena terrenal: El permiso fue buscado y otorgado (pero nuevamente con limitaciones críticas), Satanás lanzó su segundo ataque.

«Entonces salió Satanás de la presencia de Jehová, e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza.» (Job 2:7)

Realmente es difícil decir qué enfermedad era. Fuese lo que fuese, era una agonía. El original lo llama sarna «maligna». Llagas que quemaban y fluían cubrían a Job desde la cabeza a los pies. Tan malo como lo era la enfermedad, el tratamiento era peor: «*tomaba Job un tiesto para rascarse con él, y estaba sentado en medio de ceniza.*» (Versículo 8). «*Las cenizas*» se referían al lugar en donde las cenizas de los incendios eran abandonadas, el lugar en donde las casas habían sido quemadas. La cama de hospital de Job era el montón de basura.

Su esposa lo alentó a abandonar la batalla y a morir, pero Job se negó a adoptar una actitud de amargo resentimiento: «*¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto no pecó Job con sus labios.*» (Versículo 10)

¿Quién está al control de la calamidad?

Los primeros capítulos de Job responden la pregunta, «¿Quién está al control de la calamidad?», con una claridad inconfundible. Job, Satanás y Dios todos confirmaron que Dios está al control. Job dijo, «*¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?*» (2:10). Satanás se quejó sobre la protección que Dios había construido alrededor de Job, y argumentó con Dios: «*extiende ahora tu mano...*» (1:11; 2:5). Dios mismo inició la discusión con Satanás que llevó a la prueba de Job. Dios le dio permiso a Satanás para atacar a Job, pero puso limitaciones estrictas en los deseos destructivos de Satanás. En otras palabras, Dios controlaba el tiempo, la naturaleza y la magnitud de la calamidad de Job.

Cuando la calamidad golpea, es un alivio saber que Dios está al control. Tendríamos razones como para estar aterrorizados si Dios no supiera lo que habría de pasar, si no tuviese el poder como para detenerlo, o si hubiese sido engañado por Satanás. Pero eso no es lo que enseña la Biblia.

La vida, a veces, parece estar fuera de control, como un aeroplano en una barrena plana. Cuando eso sucede, es confortante saber que las manos de Dios están en la vara y que sus pies están en los pedales del timón. El Dios que te puso dentro de esta lata también puede ayudarte a salir de ella (Él puede escoger no sacarte de ella, pero puede ayudarte a través de ella). Para manejar tu calamidad de manera confiable y que honre a Dios, debes estar convencido de la verdad bíblica de que Dios está al control.

Pero eso nos lleva a la segunda pregunta: Si Dios está al control, entonces, ¿por qué le permitió a Satanás saquear las posesiones de Job, pulverizar su familia y

golpear su salud en sus narices? Si Dios está al control – y lo está – entonces, ¿por qué permite que sucedan cosas malas? Para responder esa pregunta, debemos ir a la próxima sección de Job.

¿Por qué sucedió esto?

Saber que Dios está al control, asegura a los cristianos que nuestra catástrofe es un plan cuidadosamente diagramado por Dios. Sin embargo, esa verdad nos asegura sólo momentáneamente. «Oh, Dios está al control de esto. Qué alivio... (pau-sa)... Pero ¿Por qué permitió que sucediera?» Inevitablemente, esa es la siguiente pregunta.

Cuando el desastre golpea como los rayos en un cielo lleno de nubes, hay para nosotros un sentido de arbitrariedad.

- «¿Por qué fue roto mi hogar y mi esposo disparado?»
- «¿Por qué mi esposa tiene cáncer?»

Dios no es arbitrario. Con un Dios soberano, no existen tales cosas como el azar, la suerte o el destino.

Pero, ¿por qué permite Dios el sufrimiento? ¿Tu sufrimiento? Además de glorificarse a sí mismo (siempre es Su mayor objetivo), hay por lo menos cinco razones específicas por las cuales Dios trae calamidad a las vidas de Sus hijos.

- 1) Para disciplinar un pecado específico.
- 2) Debido a la pecaminosidad humana.
- 3) Para hacernos madurar en Cristo.
- 4) Para probar nuestra fe ante nosotros mismos y ante los demás.
- 5) Para traer bondad no anticipada.

¿Es este el juicio de Dios?

La primera razón por la cual Dios utiliza la calamidad es para disciplinar un pecado específico. ¡Pero ten cuidado! Fue la mala interpretación y la mala aplicación de este pasaje lo que causó que Dios se pusiera furioso con los amigos de Job, al final de Job (42:7). Muchos – ignorando el libro de Job – cometen hoy en día el mismo error, torturando a sus amigos o a los miembros de la congregación en el proceso. Consideremos cuidadosamente este principio.

Primero: Job no demandó respuestas cuando Dios trajo el desastre (Job 1:22; 2:10). Pero con el tiempo, la fe confiada de Job fue devorada por una actitud demandante de «merezco una explicación.»

¿Por qué no morí yo en la matriz, O expiré al salir del vientre? (Job 3:11)

¿Por qué se da luz al trabajado? (Job 3:20^a)

¿Por qué me sacaste de la matriz?... ¿No son pocos mis días? Cesa, pues, y déjame, para que me consuele un poco. (Job 10:18, 20)

Si he pecado, ¿qué puedo hacerte a ti, oh Guarda de los hombres? ¿Por qué me pones por blanco tuyo... (Job 7:20)

Job preguntó: «¿Por qué sucedió esto?» Sus amigos estaban contentos de proveerle lo que ellos estaban convencidos de que era la respuesta: «Dios te está disciplinando por un pecado específico.»

Sí, es cierto

¿Disciplina Dios a las personas con calamidad por los pecados que han cometido? La respuesta es, sí... a veces. Consideremos tres ejemplos:

1.- El Rey David destruyó su vida a cambio de unos minutos de placer secreto con Betsabé. Pero su vida no fue la única destruida.

«Y Jehová hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y enfermó gravemente... Y al séptimo día murió el niño.» (2^a Samuel 12:15, 18)

Dios trajo calamidad – la muerte de su hijo bebé – sobre David y Betsabé. ¿Por qué? Para disciplinar su pecado.

2.- El rey Uzías fue atacado con lepra cuando violó la ley de Dios al intentar ofrecer un sacrificio en el Templo (2^a Crónicas 26:16-19). Pero no fue sólo la nobleza la que padeció esta clase de juicio.

3.- Giezi era tan solo un siervo – el mensajero de Eliseo – él también fue atacado con lepra cuando le mintió a Eliseo sobre tomar dinero de Naamán (1^a Reyes 5: 17-25).

A veces, Dios permite la calamidad a fin de disciplinar a las personas por pecados específicos. Trágicamente, los amigos de Job emplearon mal ese principio con Job, con efectos devastadores. No están solos.

La visita

Cuando se esparcieron las palabras sobre las catástrofes de Job, hubo gran interés entre las relaciones de Job. Tres de ellos, Elifaz, Bildad y Zofar – expertos en sabiduría como el mismo Job – determinaron que visitarían a Job en un intento de confortarlo.

«Y tres amigos de Job, Elifaz temanita, Bildad suhita, y Zofar naamatita, lue-

go que oyeron todo este mal que le había sobrevenido, vinieron cada uno de su lugar; porque habían convenido en venir juntos para condolerse de él y para consolarle. Los cuales, alzando los ojos desde lejos, no lo conocieron, y lloraron a gritos; y cada uno de ellos rasgó su manto, y los tres esparcieron polvo sobre sus cabezas hacia el cielo. Así se sentaron con él en tierra por siete días y siete noches, y ninguno le hablaba palabra, porque veían que su dolor era muy grande.» (Job 2:11-13)

Como dijo una vez mi profesor de hebreo en el seminario, «Este era, lejos, el mejor esfuerzo de ellos.» El silencio de ellos era dorado, sustentador. Sus explicaciones simplistas y sus acusaciones indirectas eran dolor tras dolor.

El dolor que ya estaba sufriendo Job debería haber sido suficiente. Sus hijos y empleados habían sido masacrados, sus riquezas habían desaparecido. Físicamente, estaba tan cruelmente herido que deseaba estar muerto. Su declaración en 7:3, «*Así he recibido meses de calamidad,*» sugiere que había estado en este estado durante algún tiempo. Él hubiese dado cualquier cosa por una noche de descanso.

«Cuando estoy acostado, digo: ¿Cuándo me levantaré? Mas la noche es larga, y estoy lleno de inquietudes hasta el alba. Mi carne está vestida de gusanos, y de costras de polvo; Mi piel hendida y abominable. Y mis días fueron más veloces que la lanzadera del tejedor, Y fenecieron sin esperanza.» (Job 7:4-6)

Entronado en las cenizas, Job era irreconocible para sus amigos. Cubierto de gusanos, suciedad, costras y sarna, sus ojos enrojecidos no tenían esperanzas. En el v. 14, Job habla alucinaciones – un efecto común de la falta significativa de sueño. Observando todo esto, los amigos de Job rompieron su silencio. Aceptando unánimemente que Dios estaba al control, se turnaron entre ellos para explicar por qué Dios había llevado a Job a la ruina.

En este punto, debes estar teniendo alguna dificultad, una paradoja: los amigos de Job estaban en lo cierto, pero al mismo tiempo estaban equivocados. Tenían razón al decir que Dios utiliza la calamidad para castigar pecados específicos (faltaste el domingo a la mañana a la iglesia para jugar al fútbol, y regresaste a casa con una quemadura solar – Dios utiliza la calamidad para juzgar el pecado). El error de los amigos de Job fue pensar que esta era la única razón o la razón principal de las calamidades de Job. No lo era.

Elifaz fue el primero en hablar. Su descargo de apertura es una síntesis de una sola línea de todo lo que él y sus compañeros dirían en los próximos veinte capítulos.

«Recapacita ahora; ¿qué inocente se ha perdido? Y ¿en dónde han sido destruidos los rectos?» (Job 4:7)

Elifaz tenía una teología simple sobre la calamidad. Si vives rectamente, Dios te bendice. Si vives erróneamente, Dios te arroja una bomba. Job había recibido claramente un golpe directo de las mayores bombas del arsenal de Dios; por lo tanto, debió haber estado viviendo de manera incorrecta.

«Como yo he visto, los que aran iniquidad y siembran injuria, la siegan. Perecen por el aliento de Dios, y por el soplo de su ira son consumidos.»(Job 4:8-9)

En el Proverbio de Elifaz que recorrió el mundo, todo obraba según una clara ley: los rectos eran mimados por Dios; los malvados eran bofeteados. A pesar de que no lo dijo directamente, Elifaz estaba obviamente aplicando esa teología con Job.

La teología de Elifaz no se ha ido. En los sectores de la iglesia influenciada por el movimiento de Palabra de Fe, esta teología aún es próspera. El mensaje del predicador de la prosperidad es simple: Dios quiere tu salud y bienestar económico. Si no lo tienes, debes estar viviendo incorrectamente – muy poca fe, pecados ocultos, etc.

Conoces el escenario. Un cristiano está en el hospital con una devastadora enfermedad tal como el cáncer. Algunos conocidos aparecen con todas las mejores intenciones del mundo (igual que los amigos de Job), y dicen: «Si tienes suficiente fe, te sanarás. Debes tener algún pecado oculto. Es por eso que te está sucediendo esto.» A personas en mi congregación, se les han dicho esas palabras. La teología de Elifaz sigue viva y en buen estado.

Convencidos de que estaban en lo cierto, Elifaz y sus amigos apretaron sus dedos filosóficos alrededor del cuello de Job con claras referencias a su agonizante condición física.

Elifaz: Porque la aflicción no sale del polvo... Todos sus días, el impío es atormentado de dolor. (Job 5:6; 15:20)

Bildad: Ciertamente la luz de los impíos será apagada... La enfermedad roerá su piel. (Job 18:5, 13)

Zofar: Si alguna iniquidad hubiere en tu mano, y la echares de ti... Entonces levantarás tu rostro limpio de mancha. (Job 11:14-15)

Los amigos de Job tenían una cuerda en su violín, y la rasgaban sin piedad: «Job, lo que te ha sucedido, le sucede sólo al impío. Arrepiéntete de tus pecados ocultos y Dios te dará alivio. Sin embargo, Job, no tenía ningún pecado dramático de qué arrepentirse. A través del libro, Job admitió que no era inmaculado (7:21; 9:2, 15; 10:6; 13:26 y 14; 16-17). Sin embargo, no podía admitir haber hecho algo tan grande y desastroso como para que Dios le hiciera eso. De hecho, Job apeló a Dios, *«Aunque tú sabes que no soy impío.»* (10:7)

Las acusaciones sin piedad de los amigos de Job tuvieron el mismo efecto en Job que las acusaciones de «la falta de fe» o de «los pecados ocultos» tienen en las personas enfermas o heridas en la actualidad.

Primero, lo frustró.

«Porque ciertamente vosotros sois fraguadores de mentira; sois todos vosotros médicos nulos. Ojalá callarais por completo, porque esto os fuera sabiduría.»(Job 13:4-5).

Luego, quitó el viento de sus velas; destruyó su espíritu.

«Mi aliento se agota, se acortan mis días, y me está preparado el sepulcro. No hay conmigo sino escarneedores, en cuya amargura se detienen mis ojos.» (Job 17:1-2)

La pérdida de la familia de Job, sus posesiones y su salud eran lo suficientemente devastadoras sin que sus amigos lo insultaran en la agonía. En vez de acusaciones inciertas, Job anhelaba consuelo; *«El atribulado es consolado por su compañero; aun aquel que abandona el temor del Omnipotente.»* (6:14)

La resistencia de Job ante el razonamiento de ellos, enfureció a sus amigos. Capítulo por capítulo, ellos continuaron golpeándolo con disparos verbales, ganchos y golpes bajos. En el capítulo 22, Elifaz se quitó los guantes y permitió que Job recibiera la derecha en la barbilla, en términos simples.

«¿Acaso te castiga, o viene a juicio contigo, a causa de tu piedad? Por cierto tu malicia es grande.» (Job 22:4-5^a)

«Job, ¿crees que Dios te ha hecho todo esto porque eres un hombre grandioso? ¿Porque eres tan santo? ¡Eso es ridículo, Job!» Finalmente, no era para nada ridículo. ¿Cómo había descrito Dios a Job en los capítulos 1 y 2? *«No hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal.»* Derek Kidner ha dicho correctamente sobre Job, «Fue su misma inocencia lo que lo expuso al calvario.»¹¹⁴

Para enfrentar la calamidad, debemos comprender esta lección: una catástrofe en la salud, en las finanzas o en la familia no significa, necesariamente, que Dios esté enojado contigo. Ocasionalmente, Dios utiliza la calamidad para disciplinar un pecado específico. Sin embargo, las terribles pérdidas de Job y su cuerpo sufriendo estragos no tenían nada que ver con la falta de fe o con una iniquidad oculta. De hecho, Dios estaba furioso con los amigos de Job por insistirle en que ese era el caso.

Fue después de que el Señor le hubo hablado estas palabras a Job, que el Señor le dijo a Elifaz el Temanita, *«Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job.»* (Job 42:7)

Nuestro Señor Jesucristo no era amigo del criminalmente simplista punto de vista «debes haber pecado», cuando se trata de la calamidad.

«Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Juan 9:1-2)

¡Los discípulos tenían exactamente la misma teología de enfermedad que tenía

¹¹⁴ Derek Kidner, *La Sabiduría de los Proverbios, Job & Eclesiastés*, (Downers Grove, Illinois: Intervarsity Press, 1985), p.57.

Elifaz, Bildad y Zofar! Jesús fue rápido para corregirlo. «No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.» (Versículo 3)¹¹⁵

Muchos en la actualidad caen en la trampa de los tres amigos de Job. Asumen que la calamidad proviene sólo por una razón y acusan injustamente a la persona que está sufriendo. Le roban la única esperanza del herido: «En medio de todo esto, Dios aún me ama.» Robar esa esperanza es el robo más cruel. La furia de Dios con Elifaz, Bildad y Zofar en Job 42:7 sirve como una advertencia. Dios odia la teología del «debes haber pecado» y se enoja con aquellos que la enseñan.

¿Esto me sucedió porque estuve mal?

A veces hay una relación causa-efecto obvia entre un pecado específico y una calamidad: la sexualidad inmoral y un embarazo no deseado, la borrachera y un trágico accidente de auto. Si la especulación codiciosa o la pereza te ha llevado a la ruina financiera, no tienes que dudar por qué Dios hizo lo que hizo. La ley del pecado y las consecuencias – «Cosechas lo que siembras» (Gálatas 6:7) – te dice que Dios estaba disciplinando un pecado específico.

Pero si no hay ninguna relación causa-efecto obvia entre tu calamidad y un pecado específico, no tienes que matarte buscando uno. Si tienes un pecado del que necesitas arrepentirte, por todos los medios, hazlo. Pero no caigas en la trampa de los amigos de Job, acusando a los demás (o a ti mismo) de estar fuera del favor de Dios debido a que hayas experimentado una tragedia. El cáncer, el crimen o los accidentes de autos no son una prueba de que Dios te odia. Job es el ejemplo clásico que nos demuestra que, a veces, Dios trae calamidad a aquellos que son muy amados para Él.

«Pero» preguntas, «Si Dios no estaba disciplinando un pecado específico, entonces, ¿por qué me hizo esto?» Dejemos a un lado el libro de Job por un momento para responder esa pregunta desde otros pasajes de las Escrituras.

Otras razones por las cuales Dios trae calamidad: Pecaminosidad humana

Luego de la disciplina de un pecado específico, una segunda razón bíblicamente revelada por la cual Dios trae calamidad es debido a la pecaminosidad humana. En

¹¹⁵ Una sutil actitud de rectitud personal, «más sano que tú», acompaña con frecuencia esta teología. Cuando aparecen los amigos en el hospital y dicen: «Si tuvieras fe, estarías sano», lo que ellos realmente quieren decir es: «Si tuvieras fe, estarías tan sano como nosotros. Tú estás enfermo; nosotros estamos sanos. Debes ser menos piadoso de lo que somos nosotros.» Esa rectitud personal era la actitud de los fariseos cuando le dijeron al hombre ciego que había sido sanado «Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?» (versículo 34, énfasis agregado).

Génesis 3, el pecado de Adán quitó la piedra angular del arca de la creación. Desde entonces, los ladrillos han estado cayendo y el techo colapsando. Para expresarlo simplemente, las cosas malas suceden porque hemos ensuciado el universo de Dios con pecado.

Nos sorprendemos cuando las cosas salen mal. Eclesiastés nos dice que en un mundo como el de Génesis 3, deberíamos sorprendernos cuando las cosas no van bien. Es sólo por la gracia de Dios que las cosas no están peores de las que deberían estar. Cuando el granizo destruye mi cosecha o un virus arruina mi información, no debería quedar pasmado. Trabajamos bajo una maldición – las consecuencias señaladas divinamente por el pecado de la humanidad. Romanos 8 nos señala esto.

«Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.» (Romanos 8:20-21)

Cuando Adán pecó, todo el universo fue sumergido en la futilidad, esclavizado en corrupción. En nuestros cuerpos eso significa dolor e infecciones. En nuestro trabajo eso significa prendas de vestir, formularios por triplicado y software que se auto destruye durante presentaciones importantes. En las relaciones significa desinterés por parte de los padres, disolución en los adolescentes y divorcios complicados. Al final, estamos teniendo lo que merecemos.

«¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado.» (Lamentaciones 3:39)

Jeremías, examinando las ruinas de la Jerusalén capturada por los babilónicos, dijo, «Muchachos, realmente no podemos quejarnos. El hecho es que nosotros somos pecadores, y estamos teniendo la paga que merecemos.» En la actualidad, podemos alabar a Dios, porque Jesucristo ha cumplido quitando la maldición por medio de Su muerte en la cruz. La aplicación completa del triunfo de Cristo será disfrutada en los cielos, «Y no habrá más maldición» (Apocalipsis 22:3).

¡Bajo construcción!

Existe una tercera razón revelada bíblicamente por la cual Dios trae calamidad: para hacernos madurar en Cristo. Sea lo que sea lo que te suceda, puedes estar seguro de una cosa: Dios lo causó para llevar tu obra de reflejar a Cristo un paso más cerca a la perfección.

«Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.» (Santiago 1: 2-4)

No puedes producir acero a temperatura ambiente. Necesitas fuego. De la misma manera, la comodidad, la paz y el bienestar no producen personas espiritualmente fuertes y flexibles. Necesitas el calor de las pruebas para producir un carácter cristiano flexible – una espada lo suficientemente fuerte como para que resulte útil en las manos de Dios.

Dios utilizó la enfermedad de mi esposa (mencionada en la introducción) de esa manera en mi propia familia. A nadie le gusta estar postrado en la cama, pero mi esposa supo aceptar tanto lo bueno como lo malo de parte de Dios. Con mamá fuera de acción, los chicos aprendieron a ser mejores ayudadores en el hogar, haciéndolo todo con un espíritu lleno de gozo: «Mamá no está bien, nos alistaremos y ayudaremos.» Papá aprendió la misma lección. Finalmente, ahora puedo lavar los platos, ¡no sólo sin quejarme, sino que hasta con regocijo!

Un atleta no se tornará más rápido a menos que queme sus piernas y sus pulmones durante sus entrenamientos. Una persona que levanta pesas, no se tornará más fuerte a menos que agote sus músculos levantando metal. En los deportes es un hecho – el progreso viene al incrementar gradualmente la intensidad del ejercicio. No es diferente con el progreso espiritual. Pero como generalmente somos muy perezosos como para empujarnos espiritualmente, Dios tiene una manera de incrementar la intensidad por nosotros. El resultado es una fe fuerte, mayor compasión, una paciencia más resistente – músculos espirituales más duros en todos los aspectos.

Fe en exhibición

Una cuarta razón por la cual Dios trae calamidad a nuestras vidas es para probar nuestra fe a nosotros mismos y a los demás. Dios probó que las acusaciones de Satanás contra Job eran difamatorias. ¿Cómo? Él probó a Job, y la resistencia de Job probó que Satanás estaba equivocado.

Pedro les dijo a sus lectores que habían sido afligidos por distintas pruebas porque la «prueba de la fe» era más preciada que el oro. Cuando la fe de ellos pasó por fuego, Pedro dijo que «*sea hallada en alabanza y gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo*» (1 Pedro 1:6-7).¹¹⁶

Una de las mujeres de nuestra iglesia ha tenido cáncer cinco veces. Ha sido duro de diferentes maneras: física, emocional y espiritualmente. Pero mientras observamos su buen humor flexible, somos alentados. La prueba de su fe nos empuja a decir: «Cuando llegue mi turno, quiero manejar mis pruebas como lo hace ella.» Más de un doctor, una hermana trabajando de niñera o un amigo de la familia ha sido salvado por la humilde fortaleza de un paciente cristiano con cáncer y su familia. Dios

¹¹⁶ Dios no te pone bajo pruebas para que falles. Te prueba de manera que puedas pasar, para que Su nombre sea glorificado por aquellos que ven tu resistencia.

utiliza las pruebas para probar nuestra fe – a nosotros mismos y a los demás – trayendo gloria e Él en el proceso (1 Pedro 1:7; Juan 9:3).

Bondad no anticipada

Una quinta razón por la cual Dios crea la calamidad en las vidas de Sus criaturas es para traer una bondad no anticipada. La Biblia está llena de esas sorpresas. ¿Ejemplo típico? José. Sus hermanos lo secuestraron y lo vendieron de la misma manera en que hubiesen vendido una vaca o una cabra. Sin dudas, mientras la caravana de camellos de los esclavos se daba prisa hacia Egipto – y en varios momentos desagradables después de eso – José preguntó: «¿Por qué ha hecho esto Dios?» respuesta: bondad no anticipada.

Dios utilizó el secuestro de José, su esclavitud y su injusta prisión para ponerlo en una posición de poder alimentar a su hambrienta familia. Décadas después, José les dijo a sus hermanos: «*Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo.*» (Génesis 50:20). Nadie lo hubiese imaginado en ese momento, pero el bien estaba dentro de los planes de Dios por medio de la calamidad que sufrió José.

Rut es un segundo ejemplo. La tragedia no es mucho peor cuando tu suegro, tu cuñado y tu esposo mueren uno detrás de otro, dejándote a ti y a tu suegra en la pobreza y sin esperanzas. ¿Cómo utilizó Dios esa situación desconsoladora? Rut fue a un lugar a donde nunca había ido, Belén, conoció a un hombre que nunca hubiese conocido, Booz, y se convirtió en la bisabuela del Rey David de quién descendería el Mesías. Bondad no anticipada.

En Hechos 8, la vida de Esteban fue molida por una lluvia de piedras. Mientras los confundidos cristianos huían en exilio, lejos de las maravillas y el gozo de todo lo que Dios había hecho en la iglesia de Jerusalén, ¿crees que ellos pensaban que esa dispersión era buena? Probablemente, se preguntaban si ese sería el fin del cristianismo. Inesperadamente, Dios utilizó esa dispersión para comenzar una iglesia en Antioquía (Hechos 11:19) – la iglesia que se convirtió en la pistola que disparó una bala misionera llamada Pablo al corazón del Imperio Romano. Pasó todo en las Escrituras: aparentemente los desastres son con frecuencia el primer escalón crítico en el plan de Dios para traer cosas buenas.

El uso que Dios le da a la calamidad, no es completamente arbitrario. Lo utiliza con propósitos específicos: para hacernos sentir lo suficientemente descontento con el mundo de Génesis 3 como para buscar algo (o alguien) mejor, para endurecernos en el horno de las pruebas, como el herrero templea una espada, para probar nuestra fe y para traer bonanza que nadie hubiese esperado.

Por lo tanto, ahora sabemos que Dios está al control. Conocemos las razones

bíblicas de por qué Dios permite la calamidad. Pero ahora, ¿cómo respondemos cuando lo hace? Esa pregunta nos lleva a la próxima sección.

Por qué trastabilló Job

Un buen comienzo

Job comenzó bien. Su fe era tan invulnerable a las embestidas de Satanás como una tortuga en las garras de un chacal. Job solo acurrucó su cabeza y sus pies en el caparazón de su fe y dijo: «*El Señor da, el Señor quita. Sea el nombre del Señor bendecido.*» ¿Qué estaba mal?

Hay por lo menos cuatro razones por la que la confianza de Job en Dios trastabilló.

- 1.- Escuchó un mal consejo.
- 2.- Dejó que la termita del tiempo consumiera su confianza.
- 3.- Había construido expectativas, creyendo que Dios le debía ciertas cosas.
- 4.- Perdió el control en el campo de la fe.

Evitar el mal consejo

La escena era día de deporte; estaba en tercer grado. Uno de mis amigos me acababa de hacer esta revelación, acompañada de un consejo: «¿Sabes por qué los policías pueden correr tan rápido? Ellos respiran por sus narices cuando corren. Deberíamos intentarlo.» Habiendo sido iluminado sobre cuál era el secreto para correr como una chita, la opción estaba ante mí: ¿correría respirando sólo por la nariz o no lo haría?

Afortunadamente, no pude tomar el consejo de mi amigo. Ya era lo suficientemente lento, y a menos que poseas orificios nasales parecidos a un túnel subterráneo, respirar sólo por tu nariz en una carrera de 300 metros es, seguramente, una manera de asfixiarte.

El buen consejo es invaluable cuando se enfrenta la calamidad. El mal consejo puede sofocarte. De hecho, escuchar un mal consejo es una de las razones por la que Job se salió del carril. Si vas a manejar tu calamidad, tendrás que aprender una lección que Job no aprendió: ignorar el consejo bien intencionado pero no bíblico.

Si los consejeros de Job hubiesen sido del Siglo XXI DC, probablemente hubiesen dicho: «Job, mira estas cosas terribles que te están sucediendo. Tenemos que romper la maldición generacional que tiene poder sobre tu vida. Debemos echar fuera los demo-

nios de la enfermedad de piel. Tendrías que orar la oración de Jabes. Necesitas enviar \$ 1.000 al sanador ungido por el Espíritu a Ministerios Mejor con un Billete.»

Uno de los aspectos más desafiantes de la calamidad es manejar correctamente el bien intencionado consejo que obtienes de tus amigos y de tu familia. El consejo bíblico es un tesoro. El consejo no bíblico de «No tienes suficiente fe» no lo es. Con frecuencia es más como un puñetazo a los rayos solares.

No permitas que los comentarios que interpretan a Dios como un ignorante o inepto ante tu situación golpeen tus talones y te dejen espiritualmente despatarrado. No permitas que los «hechiceros cristianos» te distraigan con especulaciones sobre demonios y sus supuestas contribuciones a tu enfermedad o desastre¹¹⁷. Job aprendió que para lidiar con la calamidad tuvo que fijar sus ojos en Dios. Así debes hacerlo tú también.

Para manejar la calamidad, debes rechazar todo lo que no es bíblico, el consejo de «respirar sólo a través de la nariz» con una sonrisa y un muchas gracias. Las personas dan consejos porque se preocupan – recíbelo de esa manera, aún si el consejo no es bueno. Pero no dejes que su consejo no bíblico te arroje a la barrena como lo hizo con Job. Sabes lo que es verdad sobre Dios y cómo obra. Aférrate a eso.

El tiempo sigue pasando

Aquí tenemos una segunda razón por la cual Job salió del carril, comenzando el capítulo 3. Dejó que la termita del tiempo consumiera su fe. Según Job 7:3, la aflicción de Job por sus hijos y el agobiante tormento de su enfermedad física se había extendido durante meses para el momento en que llegaron sus amigos. Su sufrimiento parecía eterno. La larga duración de esto lo estaba desgastando.

Muy parecido a un ávido corredor de maratones, Job salió a gran velocidad de la línea de partida de la fe, como un conejo. Pero mientras la carrera de responder ante la calamidad se angostaba kilómetro tras kilómetro, día tras día, la fe de Job comenzó a decaer, a vacilar y finalmente cayó.

El tiempo es un asesino en las pruebas. Como Job, comenzamos con fe, pero mientras palpítamos días eternos en el almanaque, damos vuelta la página hacia un nuevo mes, compramos un nuevo almanaque para el año próximo y luego el próximo y el próximo, caemos en la desesperación.

La parte más difícil sobre la mayoría de las pruebas es que tienen un final abierto. Simplemente no sabes cuándo van a terminar. Cuando corría en atletismo, a pesar de que era un atleta de distancia, nuestro entrenador ocasionalmente nos hacía hacer carreras

¹¹⁷ A pesar de que sabemos que Satanás tuvo que ver en las calamidades de Job, Job nunca fue alentado a lidiar con su situación atando a Satanás, echando fuera las maldiciones, o cualquier otra técnica similar de los cultos. El libro finaliza con Job de nuevo en el camino. ¿Cuál fue el secreto? Se centró en Dios; Satanás y los demonios nunca fueron mencionados.

de velocidad. Nos sometía a dos clases diferentes. La primera consistía en cierta cantidad de carreras de una distancia específica – doscientos metros repetidos ocho veces, por ejemplo. No eran agradables, pero se podían manejar. Sabíamos cuán lejos teníamos que correr.

Sin embargo, lo que más odiábamos se reservaba para la otra tarea. El entrenador diría: «Ustedes, chicos, comiencen a correr a toda velocidad, tan rápido como puedan, alrededor de la pista y no se detengan hasta que sople el silbato.» ¡Brutal! Nunca sabíamos cuán larga iba a ser la corrida. No había un objetivo fijado, ninguna línea de llegada. Tan sólo teníamos que seguir corriendo, sin saber cuándo sonaría el silbato para traer alivio.

Así es como son las pruebas. No sabes cuándo vas a estar mejor, cuando el Señor llevará al hogar a tu madre o a tu padre debilitado por el cáncer, cuándo conseguirás un trabajo – cuándo Dios soplará el silbato de manera que puedas recuperar tu aliento.

Para manejar la calamidad, debes aprender de Job: ten cuidado del peligro de la duración. El tiempo puede ser un efecto debilitante en la fe. Es como una termita. Las termitas comen gradualmente una estructura de madera, debilitándola desde adentro, mordisqueando constantemente. Por fuera, todo parece bien. Pero las pequeñas y hambrientas mandíbulas de las termitas, debilitan invisiblemente la estructura hasta que colapsa. Así es como era con Job – el tiempo comía gradualmente su fe. ¿Has encontrado lo mismo en tu prueba? ¿Cómo puedes manejarlo?

La próxima cosa correcta

La respuesta bíblica para manejar las pruebas se encuentra en las palabras de Jesús en el Sermón del Monte.

«Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.» (Mateo 6:34)

Jesús sabía que esparciendo la gracia de hoy a través de las preocupaciones del mañana, causará que tropieces en cada momento. Es como usar un poquito de manteca para untar una hogaza entera de pan. Lo que es adecuado para una rebanada no cubrirá la hogaza entera. De la misma manera, la gracia de Dios para hoy es suficiente para hoy: *«Bendito sea el Señor, quien lleva diariamente nuestras cargas»*, dice el salmista. No intentes esparcir la gracia de hoy sobre el mañana, el mes próximo o el año próximo. Planificar por adelantado está bien; preocuparse por adelantado no lo está.

Jesús les dijo a sus discípulos que entreguen su afán de ese día, dependiendo de la gracia de Dios. El mañana tendrá problemas nuevos y gracia nueva. El problema para hoy, ya es suficiente – tal vez hasta el minuto.

Una vez se le preguntó a la autora cristiana, Elizabeth Elliot, cómo hizo para seguir luego de la muerte de su segundo esposo. Su respuesta fue profunda: «Hice la siguiente

cosa correcta.» Incapaz de enfrentar el problema (es decir, el dolor) del día, aplicó la gracia de Dios para el próximo minuto. Cuando pasaba ese minuto, se enfrentaba al próximo. Un minuto a la vez, una tarea a la vez, ella lo hacía a lo largo del día.

No tenía ganas de levantarse de la cama, pero eso era la siguiente cosa correcta para hacer. No tenía ganas de cepillarse los dientes y de arreglarse para estar presentable, pero eso era la siguiente cosa correcta para hacer. Y así pasaba el día, enfrentando su dolor haciendo la siguiente cosa correcta. Ese es el principio de Jesús, afilado hasta el punto de una aguja, para lidiar con el problema abrumador: hacer la siguiente cosa correcta.

La trampa de las expectativas

Más allá de la trampa del tiempo, Job también caminó directamente hacia la trampa de las expectativas. En Job 29, Job enumera algunas de las cosas que había logrado. Había sido exitoso en los negocios: «*¡Cuando lavaba yo mis pasos con leche, y la piedra me derramaba ríos de aceite!*» (29:6) Su éxito intimidaba a los jóvenes; ordenaba respeto de los ancianos de la ciudad: «*Cuando yo salía a la puerta a juicio, y en la plaza hacía preparar mi asiento, los jóvenes me veían, y se escondían; y los ancianos se levantaban, y estaban de pie.*» (Versículos 7-8)

Job era amado y respetado no sólo por su éxito en los negocios, sino también por su interés en los necesitados:

«Los oídos que me oían me llamaban bienaventurado, y los ojos que me veían me daban testimonio, porque yo libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que carecía de ayudador. La bendición del que se iba a perder venía sobre mí, y al corazón de la viuda yo daba alegría. Me vestía de justicia, y ella me cubría; como manto y diadema era mi rectitud. Yo era ojos al ciego, y pies al cojo. A los menesterosos era padre, y de la causa que no entendía, me informaba con diligencia; y quebrantaba los colmillos del inicuo, y de sus dientes hacía soltar la presa.» (Job 29:11-17)

Job era todo lo que un hombre de sabiduría y rectitud tenía que ser. Sin embargo, por su propia admisión, se había tornado muy impresionado consigo mismo. Había construido una serie de expectativas – cosas que creía que Dios le debía porque él había sido bueno. En 29:18-20, enumera algunas de ellas: una muerte fácil, una vida larga y confortable, mucha vitalidad, gloria en los ojos de los hombres y fuerzas perpetuas¹¹⁸.

¹¹⁸ Estas expectativas eran típicas de la sabiduría de la literatura. Por ejemplo, en el Salmo 73:4, el salmista se quejó porque el hombre malo que observaba «no tiene congojas en su muerte», y tiene una vida sin «trabajos» (versículo 5. Del Moisés de 120 años se dijo: «*Sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor*» (Deuteronomio 34:7). Job esperaba bendiciones similares.

En el capítulo 30, Job – el experto en sabiduría – tuvo un destello de perspicacia en su propio corazón.

«Cuando esperaba yo el bien, entonces vino el mal; y cuando esperaba luz, vino la oscuridad. Mis entrañas se agitan, y no reposan; días de aflicción me han sobrecogido.» (Job 30:26-27)

Esa es la trampa de la expectativa. Job esperaba el bien de parte de Dios porque él había sido bueno, y cuando Dios no entregó, Job fue dejado hirviendo. Caer es una trampa fácil cuando golpea la calamidad. «Todo lo que quería era una familia feliz, y ahora mi hija se divorció... mi hijo está rebelde... mi esposo me abandonó. ¿Qué hice para merecer esto?» ¿Las expectativas? Si soy una buena esposa y una buena madre, Dios me debe una familia feliz – como la defino.

Un amigo que tiene un hijo con Síndrome Down una vez me compartió que las expectativas son una de las mayores luchas que enfrentan los padres de los niños con discapacidades. «Quiero observar a mi hijo mientras practica deportes, verlo ir a la universidad, casarse y tener una exitosa carrera. Ahora tengo un hijo que nunca pasará el segundo grado.»

El resumen de Job es patético y perfecto: «*Cuando esperaba yo el bien, entonces vino el mal*» (30:26). El orgullo nos hace creer que merecemos ciertas cosas de parte de Dios por haber sido buenos. «No hice trampa con el IVA (Impuesto al Valor Agregado), por lo tanto, Dios es responsable de hacer que mi negocio tenga éxito.» ¿No es así como somos tentados a pensar? «¿Cómo Dios me pudo hacer esto? ¡He sido bueno!» Parte de la angustia incesante de Job en los capítulos 3-30 provino de ese mismo asunto. Él había caminado hacia la trampa de las expectativas.

En la calamidad, las expectativas de «merezco el bien por haber sido bueno» llevan al enojo con Dios y a los sentimientos de traición. Sin embargo, Dios nunca prometió bienestar sin fin si eres una madre devota, un padre paciente, una persona que pagues fielmente los impuestos, o no corres con la multitud equivocada en la escuela. Para manejar correctamente la calamidad, los cristianos deben evitar el error de Job de construir expectativas de que «Dios me debe porque he tratado de ser bueno.»

El campo de la fe

Más allá del mal consejo, el tiempo y las expectativas, hubo otra cosa que hizo que Job trastabillara: perdió su sujeción en el campo de la fe. En los capítulos 1-2, Job parecía sólidamente arraigado detrás de una impenetrable barrera de fe en la sabiduría de Dios. «*Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito... ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?*» (1:21; 2:10). Qué ejemplo perfecto de la enseñanza de Pablo sobre el campo de la fe en Efesios 6.

«Por tanto, tomad toda la armadura de Dios... Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.»
(Efesios 6:13, 16)

Los soldados del antiguo mundo con frecuencia cargaban grandes escudos. Cuando los arqueros enemigos disparaban una lluvia de flechas sobre ellos, ellos se agachaban detrás de esos escudos y dejaban que las flechas reboten sin provocarles daño. En Job 1-2, Job había hecho eso. Satanás había disparado una batería de dardos encendidos a Job, pero el escudo de la fe los desvió a todos. Así es como obra la fe: ninguna flecha de Satanás – sin importar cuán caliente o mortal – puede penetrar una fe simple como la de un niño. «Confiaré en Dios ya sea que entienda o no lo que Él está haciendo.»

En el capítulo 3, Job permitió que el mango del escudo de la fe se deslizara de sus dedos sudorosos. En vez de preocuparse él mismo de la confianza del creer, Job permitió que su mente se viera atraída y luego capturada por expectativas enojadas, por pensamientos de «¿Cuánto tiempo?» y las descorazonadas e inciertas acusaciones de sus amigos.

En los Evangelios, el hombre lloró ante Jesús, «*Creo, ayúdame en mi incredulidad.*» En la calamidad, debemos rogar lo mismo. «*Creo, rescátame de mi duda. Ayúdame a esconderme detrás del escudo de la fe. Ayúdame a rechazar los pensamientos de temor, enojo, duda y desesperación.*» ¿Cómo estamos con respecto a escondernos detrás del escudo de la fe cuando enfrentamos la calamidad? Regresemos a la historia de Job para encontrar la respuesta.

Fe Temerosa del Señor

La vida de Job era una ruina marchita por el infierno del odio de Satanás. Parecía como la ciudad de Hiroshima, luego de la bomba atómica – un erial esparcido con escombros. La respuesta inicial de Job fue chocante, pero también una confianza tranquila en el Dios que sabía que estaba al control de la calamidad.

Sin embargo, el mal consejo, el paso del tiempo, las frustraciones de la vida, los planes y los sueños llevaron gradualmente a Job a bajar su guardia. Y mientras el escudo de fe de Job se deslizaba más y más abajo, hizo la cosa más devastadora que alguien pudiera hacer cuando se enfrenta a la calamidad. Job preguntó, «¿Por qué?»

Preguntar «¿Por qué?» no es algo tan malo si aceptamos las respuestas bíblicas de Dios. Dios trae calamidad para hacernos madurar, para probar nuestra fe, para traer bondad inesperada y demás. Sin embargo, con frecuencia, (como en el caso de Job) estamos insatisfechos con las respuestas bíblicas de Job. Queremos, y creemos que merecemos, más detalles.

Alternamos entre la súplica y la hostilidad abierta: «¿Por qué tuve que enfermarme yo de cáncer y no se enfermó otra persona? ¿Por qué se rompió nuestra casa? Odio a Dios por lo que ha hecho.» Nos convertimos en negociadores, ofreciendo a Dios planes alternativos (y en nuestras mentes, mucho mejor): «¿Por qué no quedó paralizado alguien a quien no le gustaran los deportes? ¿Por qué tuvo que suceder la ruptura justo ahora y no después de los exámenes de mi hijo? ¿Por qué no pudiste haber esperado, Dios? Ahora mi hijo está tan distraído que probablemente fallará.»

¿Qué implican esas preguntas? «Dios, has cometido un error y quiero una oportunidad para discutir esto contigo. Le hiciste esto a la persona equivocada, en el momento equivocado. Antes de que lleves esta situación un paso más adelante, quiero ver tu plan, de manera que pueda asegurarme de que lo apruebe.»

¿Es una explicación de por qué Dios ha hecho algo la clave para manejar la calamidad? ¿Es una explicación con respecto a cómo encaja tu desastre en su plan global el secreto de una respuesta confiable? Tal vez pienses eso, pero Job revela cuán equivocado estás. Desde el capítulo 3, Job rogó, suplicó y protestó ante Dios. Se arrojó a sí mismo a las puertas del cielo, golpeando y gritando, demandando respuestas. Saltó hasta que sus puños estuvieron magullados y ensangrentados.

Al final, la furia de Job fue silenciada. Sus preguntas desaparecieron. Permaneció en pie con sus manos sobre su boca – una manera muy gráfica de expresar «No tengo nada que decir.» ¿Le dio Dios a Job una explicación legítima de por qué Él hizo lo que hizo? ¿Divulgó Dios la información que quería Job? No.

Mientras llegas al final del libro de Job, te das cuenta de algo sorprendente. A Job – tan lejos como sabemos – nunca se le dijo sobre el diálogo celestial entre Dios y Satanás en los capítulos 1 y 2. Dios no le dio a Job un vistazo de cómo su calamidad sería utilizada para bien en el futuro.

El secreto del cambio de corazón de Job en los versículos 40-42 no fue la información. No fue una explicación. Fue una Persona. Al final del libro, Job encuentra a una Persona tan grande y tan sabia que todas las acusaciones, los argumentos y las preguntas de Job se derritieron como un cubo de hielo bajo el sol de Karoo. Al final, Job encontró consolación, aliento y satisfacción, no en las explicaciones, sino en una Persona: Dios. O para decirlo de otra manera, Job encontró consuelo, aliento y satisfacción en el temor

Pero no resumamos simplemente la historia de Job. Sigamos el rastro a la frustración, al enojo y a las acusaciones de Job, y luego a su restauración ante el temor del Señor.

El tiempo y el sufrimiento empujaron el escudo de la fe de Job más y más abajo. La primera evidencia de aquello, vino en el capítulo 3, en una serie de preguntas demandantes y en que Dios cometió un error, «¿Por qué?» Más sencillo, Job creyó que Dios había manejado mal su vida.

«¿Por qué no morí yo en la matriz, o expiré al salir del vientre?»(Job 3:11)

«¿Por qué se da luz al trabajado?» (Job 3:20^a)

Los amigos de Job sólo empeoraron las cosas con sus implacables acusaciones contra su integridad. Job negó vehementemente (y adecuadamente) que había hecho algo mal, digno de la avalancha de «juicio» que recibió de parte de Dios. «Si sólo los malos reciben la espalda de la mano de Dios», dijo Job, «entonces Dios se equivocó conmigo.»

«Si he pecado, ¿qué puedo hacerte a ti, oh Guarda de los hombres? ¿Por qué me pones por blanco tuyo?» (Job 7:20)

De hecho, Job estaba tan convencido de que Dios lo había agredido injustamente, que quería una oportunidad para probarlo. La idea de una controversia o un caso de la corte con Dios para probar su inocencia se le ocurrió primero a Job en el capítulo 9. Al principio, la idea le parecía monstruosa, algo impensable.

«Si quisiere contender con él (Dios), no le podrá responder a una cosa entre mil.» (Job 9:3)

«Si tuviese miles de oportunidades para debatir con Dios,» dijo Job, «dudo si lo pudiera vencer una sola vez.» Job estaba seguro que el Todopoderoso, había cometido un error, pero no podía contemplar el hecho de discutir con Dios.

Job era como una bifurcación en el camino. Si hubiese llenado inconscientemente su mente con pensamientos de confianza (Filipenses 4:8), hubiese permanecido en el camino principal de los capítulos 1-2. En cambio, escogió darle vueltas a sus dudas sobre la sabiduría de Dios¹¹⁹. ¿El resultado? Lo que hubiese sido impensable en el capítulo 9, se convirtió en su objetivo en el capítulo 13.

«Mas yo hablaría con el Todopoderoso, y querría razonar con Dios.» (Job 13:3)

En el corazón de Job, una vida de confianza en Dios embistió de cabeza con su orgulloso deseo de debatir con Dios. Puedes ver esa colisión en 13:15, «*He aquí, aunque él me matare, en él esperaré; no obstante, defenderé delante de él mis caminos.*» Tan fuerte era el deseo de Job de extraer una explicación de parte de Dios y de probar que Dios había cometido un error, en el capítulo 23, que Job rogó por una audiencia en la corte de Dios.

«¿Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su silla. Expondría mi causa delante de él, y llenaría mi boca de argumentos.» (Job 23:3-4)

Dada la oportunidad de discutirlo, Job creía que le podría probar a Dios que El no debería haber traído calamidad sobre él. Job estaba seguro de que podría inquirir en los

¹¹⁹ En el original de Job 1:22, Job se negó a «atribuirle despropósito» alguno a Dios. Aquí vemos a Job en el proceso de cambiar su mente.

planes de Dios, y mostrarle a Dios dónde Él había pasado por alto una alternativa viable – de hecho, mucho mejor – para sus calamidades. Enfrentado con los argumentos de Job, Dios sólo sería capaz de reconocer que se había equivocado, y restauraría las fortunas de Job.

«Yo sabría lo que él me respondiese, y entendería lo que me dijera. ¿Contentaría conmigo con grandeza de fuerza? No; antes él me atendería. Allí el justo razonaría con él; y yo escaparía para siempre de mi juez.» (Job 23:5-7)

Job emite una citación, un comparendo, un llamado a Dios a la corte. Sin embargo, Job estaba en un terrible aprieto. El único calificado para oír su caso era el mismo Dios que él estaba acusando. De hecho, en un momento o en otro, Job tenía virtualmente a Dios en cada asiento de la corte. Ante sus obstinados amigos, Job llamó a Dios como *testigo* ante su inocencia. Por otro lado, Dios también era el único que podía *juzgar* si era Job o sus amigos los que estaban en lo cierto. Ahora Job quería hacer a Dios el *defensor*, enfrentando las acusaciones de Job sobre injusticia y mal manejo.

Habiendo abandonado la fe sumisa, Job estaba rotando como la aguja de una brújula en una fundición de hierro. Job estaba seguro que si tan sólo pudiera hablar con Dios cara a cara, él podría convencer a Dios que la muerte de sus hijos, la pérdida de sus riquezas y el colapso de su salud era un completo y gran error. Job estaba seguro que su plan para su vida – aún la de un niño muerto (3:11) – era mejor que el de Dios.

Una nueva voz

En el capítulo 32, una nueva voz ingresa en el debate con Job. Luego de interminables disputas, Job, Elifaz, Bildad y Zofar habían llegado a un callejón sin salida (32:1). Job no admitiría ningún pecado secreto a fin de explicar lo que Dios había hecho. Ellos no aceptarían las exclamaciones de inocencia de Job. Ingresa Eliú.

A pesar de ser más joven que sus compañeros eruditos (32:6), Eliú hizo varias contribuciones que prepararon al lector para la sección final del libro.

Primero: Eliú señaló que Dios no tenía responsabilidad de dar explicaciones a Job sobre Su obrar en su vida.

«He aquí, en esto no has hablado justamente; yo te responderé que mayor es Dios que el hombre. ¿Por qué contiendes contra él? Porque él no da cuenta de ninguna de sus razones.» (Job 33:12-13)

«He aquí Dios es excelso en su poder; ¿qué enseñador semejante a él? ¿Quién le ha prescrito su camino? ¿Y quién le dirá: Has hecho mal?» (Job 36:22-23)

Segundo: Eliú desafió la declaración de Job de que él sabía mejor que Dios

cómo arreglar su vida. Eliú lo hizo dirigiendo la atención de Job a la grandeza de la creación física.

«Escucha esto Job: detente, y considera las maravillas de Dios. ¿Sabes tú cómo Dios las pone en concierto, y hace resplandecer la luz de su nube? ¿Extendiste tú con él los cielos, firmes como un espejo fundido?» (Job 37:14-15, 18)

Este cambio de discusión – «¿Cómo puedes contender con el Dios que creó todo lo que puedes ver?» – es importante. Es exactamente el argumento que empleó Dios cuando respondió ante la citación de Job¹²⁰.

Un día en la corte de Dios

En el capítulo 23, Job llamó a Dios ante la corte para responder sus acusaciones de injusticia y de mal manejo. En el capítulo 38, algo más destacado sucedió. Dios apareció. En la manifestación visible de un torbellino y de un tornado, Dios respondió el llamado de Job.

Mucho más sorprendente que el hecho de que Dios vino para hablar con Job es lo que Dios dijo cuando llegó. Job pasó capítulo tras capítulo pidiendo, rogando y demandando respuestas de parte de Dios. ¿Cuántas respuestas dio Job a Dios cuando llegó? Ninguna. Eso es cierto. Ni siquiera una.

«¿Por qué no morí al nacer? ¿Por qué no me dejas solo a fin de tener un poco de paz? ¿Por qué me estás comprimiendo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?» Dios no respondió ninguna de las preguntas de Job. En cambio – esto es duro para nuestro orgullo – Dios cuestionó el derecho de Job para formularlas.

«Entonces, respondió Jehová a Job desde un torbellino, y dijo: ¿Quién es ése que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?» (Job 38:1-2)

¿La acusación de Dios contra Job? Su ignorancia. Job estaba formulando preguntas sobre cosas que él no podía comprender. El monólogo de Dios en los capítulos 38 al 41 puede sintetizarse en esta pregunta: «Job, ¿crees realmente que sabes mejor que yo cómo arreglar tu vida y las vidas de aquellos que amas?»

¹²⁰ De hecho, mientras uno lee los versículos finales del capítulo 36 y luego del 37, uno no puede evitar pensar si la descripción elocuente de Eliú de un torbellino no fue inspirada por la cercanía de una armada de rayos en los nubarrones. Al final del capítulo 37, llegó la tormenta y Eliú hizo este aviso inesperado: «En Dios hay una majestad terrible.» El próximo evento era Dios hablándole a Job desde un tornado. La tormenta descrita por Eliú pudo haber sido – para sorpresa de él y de los demás – la misma tormenta de la presencia de Dios (comparar con Ezequiel 1:4; Salmo 18: 10-15).

Sabiduría vs. sabiduría

En una primera lectura, la respuesta de Dios a Job en los capítulos 38 al 41 parece extraña – como si El estuviese evitando el tema real con preguntas irrelevantes sobre la nieve, sobre las ciervas dando a la luz y sobre el búfalo. Dios nunca es irrelevante. ¿Cómo, entonces, se relacionaban esas cosas a la acusación de Job de que Dios había manejado mal su vida?

En los círculos de sabiduría del Antiguo Testamento, la creación, el orden y el manejo de Dios del universo físico era considerado la mayor evidencia de Su sabiduría. Considera las palabras de Proverbios:

«Jehová con sabiduría fundó la tierra; afirmó los cielos con inteligencia.»
(Proverbio 3:19)

«Yo, la sabiduría, habito con la cordura... Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras. Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra. Antes de los abismos fui engendrada; antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas. Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido yo engendrada; Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido yo engendrada; no había aún hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo. Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo.» (Proverbio 8:12, 22-30, también ver Salmo 104:10-30, especialmente el versículo 24.)

Job y sus expertos en sabiduría del Antiguo Testamento consideraron correctamente la creación y la administración diaria del universo físico, reconociéndolo como un profundo testimonio de la sabiduría sin par de Dios y de su habilidad para organizar. Por lo tanto, a pesar de que el tour de Dios a través de la creación en Job 38-41 nos pueda parecer extraño, Job comprendió perfectamente lo que Dios estaba haciendo.

«Job, hagamos un litigio: Mi sabiduría versus tu sabiduría. Tú crees que he manejado mal tus asuntos; hagamos un litigio para ver quien tiene mayor sabiduría, tú o yo. Lo haremos simple, Job. El universo físico será nuestro caso de prueba. Si lo puedes ordenar mejor que yo, entonces hablaremos sobre quien tiene que ordenar tu vida.»

Y entonces, comenzando en el capítulo 38, Dios tomo a Job de la mano y le dio un tour por la creación. En cada punto, la pregunta de Dios era, «Job, ¿puedes explicar cómo funciona esto? ¿Sabes cómo vuela un pájaro? ¿Sabes cómo nada un

pez? ¿De dónde provienen los rayos? ¿Conoces cuando darán a luz los animales? ¿Sabes cómo hacer que el sol salga o se ponga? ¿Dónde guardo la comida para los leones? Job, ¿podrías ordenar el universo físico por lo menos durante un día?» Con preguntas gentiles, Dios señaló cuán graciosa era la simple idea de Job gobernando el universo.

«¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házme saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella el cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?» (Job 38:4-7)

«Job, ¿podrías haber diseñado, creado y ensamblado al universo de la nada – sin planos, sin materia prima?»

«¿Quién encerró con puertas el mar, cuando se derramaba saliéndose de su seno, cuando puse yo nubes por vestidura suya, y por su faja oscuridad, Y establecí sobre él mi decreto, le puse puertas y cerrojo, Y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas?» (Job 38:8-11)

«Job, ¿podrías decirle al mar dónde detenerse? ¿Escucharía tu voz si lo intentarás?»

¿Has mandado tú a la mañana en tus días? ¿Has mostrado al alba su lugar?. ¿Has entrado tú hasta las fuentes del mar, y has andado escudriñando el abismo? ¿Has considerado tú hasta las anchuras de la tierra? Declara si sabes todo esto...

«¿Por dónde va el camino a la habitación de la luz, y dónde está el lugar de las tinieblas...¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo?» (Job 38:12, 16, 18-19, 22)

Dios señaló una cosa detrás de la otra, desde los cielos solares hasta las profundidades del océano, dándole a Job la oportunidad de desplegar su sabiduría. Mientras señalaba cada nueva maravilla, Dios preguntó: «Job, ¿sabes cómo hacer esto? ¿O esto, o esto, o esto?»

Job no estaba diciendo mucho en este momento (en contraste a sus demandas y acusaciones previas), pero es obvio que su respuesta era: «No, Dios, no sé cómo hacer que el sol salga y se vuelva a poner, dónde guardas la lluvia y la nieve, o en qué armario guardas la luz.» Job era como el esposo promedio dentro de la cocina – no tenía ni idea dónde estaban las cosas o cómo debía utilizarlas.

«¿Sacarás tú a su tiempo las constelaciones de los cielos, o guiarás a la Osa Mayor con sus hijos? ¿Cazarás tú la presa para el león? ¿Saciarás el hambre de los leoncillos?» (Job 38:32, 39)

«Job, ¿se morirían de hambre los leones, si te dejo a cargo durante una semana?»

«¿Sabes tú el tiempo en que paren las cabras monteses? ¿O miraste tú las ciervas cuando están pariendo?... ¿Diste tú al caballo la fuerza? ¿Vestiste tú su cuello de crines ondulantes?... ¿Vuela el gavián por tu sabiduría, y extiende hacia el sur sus alas?» (Job 39:1, 19, 26)

«Rápido, Job, ¿cómo vuela un gavián?»

«Bueno, Dios, yo...eh, realmente no lo sé.»¹²¹ Poner a Job a cargo del universo por un día, sería como poner a un niño de dos años en la cabina de un Boeing 747, y decirle, «Aterrizalo.»

«Además respondió Jehová a Job, y dijo: ¿Es sabiduría contender con el Omnipotente? El que disputa con Dios, responda a esto. Entonces respondió Job a Jehová, y dijo: He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca.» (Job 40:1-4)

Me resulta fascinante que Dios no tuvo que decírselo a Job. Dios nunca dijo: «Job, si no puedes manejar las cosas sencillas –el universo físico – entonces, ¿Cómo podrías ordenar las vidas de las personas?» Dios no tuvo que decirlo. Job comprendió perfectamente la lección.

Habiéndole dado a Job un tour por la creación, Dios acabó la prueba de Su sabiduría y grandeza en los capítulos 40-41 llevando a Job al zoológico. Allí, le mostró a Job los animales más grandes de Su creación: Behemot y Leviatan. Suenan a lo que nosotros llamamos dinosaurios¹²².

«He aquí ahora behemot, el cual hice como a ti; hierba come como buey. He aquí ahora que su fuerza está en sus lomos, y su vigor en los músculos de su vientre. Su cola mueve como un cedro, y los nervios de sus muslos están entretejidos. Sus huesos son fuertes como bronce, y sus miembros como barras de hierro. El es el principio de los caminos de Dios...» (Job 40:15-19a)

Eruditos norteamericanos y europeos sugieren, con frecuencia, que esto se refiere a un hipopótamo, pero cualquier africano lo conoce mejor. La cola de un hipopótamo se parece a un grumo de masa del tamaño del puño de un hombre pegado en la parte trasera de un hipopótamo. Un hipopótamo no puede mover esa cola más que unos pocos centímetros. Ni siquiera una licencia poética podría permitirle

¹²¹ Conocemos un poco más sobre las cosas que Job hizo, pero lleguemos al punto. Si Dios le estuviese dando al hombre científico moderno un tour, Él formularía la pregunta un poco más complejamente. Él podría hacerlo, tú lo sabes.

¹²² El pensar en la existencia de los dinosaurios dos o tres mil años antes de Cristo, es algo chocante para los evolucionistas, pero no existe ninguna razón para que esto no fuese verdad. ¿Qué es el cocodrilo sino un dinosaurio que aún no se ha extinguido? Varios animales – especialmente peces y crustáceos – pensados muertos por los evolucionistas durante cientos de millones de años, han sido encontrados vivos en el siglo pasado. No hay razón alguna para que algunos de los gigantes reptiles, los cuales llamamos dinosaurios, no pudieran haber sobrevivido en los días de Job.

a una persona decir de un hipopótamo que «su cola mueve como un cedro». El hecho es que cuando Dios quiso mostrarle a Job la criatura más impresionante sobre el planeta Tierra, no le mostró a Job un hipopótamo.

Huesos como bronce, una cola que se mece como un árbol encorvándose en un vendaval, un estomago gigante, un cuello largo que le permite alimentarse de plantas acuáticas aún durante las épocas de inundaciones (40:21-23) – lo cual suena como un brontosaurio o algún dinosaurio similar. Y eso sería una criatura, cerca del tamaño de una manzana de edificios, que Dios le mostraría a Job como «primera» en Su creación.

El leviatán, la segunda criatura, era igual de impresionante, si no más (41:1). Dios describió una criatura de gran fuerza y tamaño, con gran coraza, agresivo y virtualmente imposible de matar: «*No hay sobre la tierra quien se le parezca; animal hecho exento de temor.*» (Job 41:33)

Al final del capítulo 41, el desafío acabó. Job demandaba de Dios el derecho de ordenar su vida. Pero cuando Dios apareció, Job se dio cuenta de su necedad. «*Respondió Job a Jehová, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti.*» (Job 42:1-2). Humillado, Job citó la primera pregunta de Dios, admitiendo vergonzosamente su culpabilidad.

«¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía... De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza.» (Job 42:3, 5-6)

La fe temerosa del Señor

Job había cerrado el círculo, regresando al silencio y a la aceptación confiada de los capítulos 1-2. Con su mano sobre su boca, Job retiró todas sus acusaciones de mal manejo, todas sus quejas, todas sus preguntas llenas de enojo. ¿Fue porque Dios le dio las respuestas que el solicitaba? No. ¿Fue porque Dios le explicó cómo la calamidad de Job lo ayudaría finalmente para bien – algo lo suficientemente bueno como para que todo eso valiera la pena? No. ¿Fue porque Dios quitó su calamidad? No.

Fue por esto: cuando Job vio a Dios, el Creador, tan grande como realmente lo es, Job se dio cuenta que sus explicaciones no eran necesarias. Si Dios conocía por qué sucedían las cosas, Job no necesitaba saberlo. Si Dios tenía un plan, Job no podía de ninguna manera efectuar otro plan mejor. En lugar de intentar encontrar paz en explicaciones y en negociaciones, Job se perdió a sí mismo en una Persona – una Persona tan sabia en la que Job podía confiar ya sea que entendiésemos o no sus calamidades.

Siguiendo las imágenes utilizadas por nuestro Señor en la era del Nuevo Testamento, lo llamamos «*fe como la de un niño.*» En el Antiguo Testamento, la respuesta temerosa, humilde y confiada en Dios que dio Job en los capítulos 40 y 42 se llamaba de otra manera: fe temerosa del Señor. Fe como la de un niño significa que un niño de tres años no demanda que papá pare en la banquina, de manera que él pueda examinar el mapa cuando la familia está conduciendo hacia la casa de la abuela. Aún si no conoce el camino, confía que su papá lo llevará allí. ¿No es así como respondió Job luego de encontrarse con Dios? Pasó del acto de demandar el mapa de su vida a aceptar que estaba bien en las manos del Cartógrafo.

Todos los libros de sabiduría del Antiguo Testamento defienden el temor al Señor. Proverbios dice: «*El principio de la sabiduría es el temor de Jehová.*» Eclesiastés dice: «*Acuérdate de tu Creador... Teme a Dios, y guarda sus mandamientos.*» El mensaje de Job es exactamente el mismo. La clave para lidiar con la calamidad es teológica. Es darse cuenta cuán grande, sabio y amoroso es realmente Dios y aceptar (alegremente) Su plan, aún si no lo comprendes.

El tour de Job dirigido por Dios a través de la creación cerró su boca; también alivió su alma en llamas. Fue tan humillado, tan impresionado por el Dios Creador que no podía sino responder con fe, confianza, temor y sumisión. No podía evitar responder con el temor del Señor.

Aprendiendo de Job

Durante treinta capítulos, Job arrojó todos sus juguetes fuera de la cuna, pidiéndole a Dios que le explique lo que estaba sucediendo. ¿Ayudó a Job todo ese ruego, esa demanda y esa discusión? No. Lo que ayudó a Job fue una fe temerosa del Señor. Lo que ayudó a Job fue una calma y consciente elección de confiar en Dios sin importar cuán grande fuera el dolor. Job, con su mano sobre su boca en el capítulo 40, es un Job más relajado pacificador y que honra a Dios, que el Job chisporroteante y encolerizado de los capítulos 3 al 30. Como sabes, las pérdidas de Job fueron restauradas en el capítulo 42, pero esa no fue la clave para el cambio de actitud de Job. No fue que Dios le explicó a Job como el registro de sus calamidades serían incluidas en la Biblia, proveyendo aliento e instrucción para millones de personas que aún no habían nacido. No fue que Dios le informó a Job de sus discusiones con Satanás en los capítulos 1 y 2. ¿Cuál fue la clave? Dios se dio a *sí mismo* a Job, y Job encontró que la persona de Dios era la respuesta suficiente ante todas sus preguntas.

Dios no te visitará en un tornado como lo hizo con Job, pero en realidad no tiene que hacerlo. Leer el libro de Job es un recordatorio suficiente. El sufrimiento de Job le causó que se olvidara de su Creador y que dejara de temer a Dios. Aún Job, un experto en sabiduría quien el mismo había aconsejado a muchos, se olvidó de Dios en su prueba. No cometes el mismo error. El libro de Job tiene varias leccio-

nes para lidiar con la calamidad. Te advierte a no torturarte a ti mismo intentando discutir, negociar o demandar respuestas de parte de Dios. Te advierte sobre el peligro de escuchar el consejo bien intencionado pero no bíblico. Te advierte contra la trampa del tiempo, el lazo de las expectativas y el peligro de bajar la guardia en el campo de la fe.

Pero las lecciones principales de Job son acerca de Dios. Dios está al control; nunca lo dudes. Dios tiene razones, aún si no podemos discernirlas; confía en Él. Dios es el Creador. Es tan grande, tan sabio y tan amoroso que, como Job, podemos confiar en El, aún cuando no comprendamos lo que está haciendo. Como lo hizo Job, al final, encontraremos que «*el Señor es muy misericordioso y compasivo*» (Santiago 5:11). El temor del Señor – una fe temerosa, humilde, que acepta y confía – es lo que Job necesitó para lidiar con sus calamidades. Es también lo que tú necesitas. El sufrimiento no es fácil. Desearás respuestas. Pero cuando te encuentras con el Dios de Job 38-41, descubres que El es la respuesta para todo. Esa fe temerosa del Señor es el único camino para lidiar con la calamidad.

Conclusión:

Una lista útil para lidiar con la calamidad

¿Cómo puedes tener una fe temerosa del Señor en medio de la calamidad? Comienza con arrepentimiento y confianza en Jesucristo y en Su muerte en la cruz para perdón de pecados. En la era del Nuevo Testamento, el temor del Señor comienza en Cristo. Si realmente conoces a Cristo y eres la morada del Espíritu Santo, aquí tienes algunas maneras prácticas y bíblicas para aplicar lo que has aprendido en este fascículo.

- Cuando llega la calamidad, resiste la tentación de acribillar a Dios con preguntas formulando «¿Por qué?» (Preguntas que, de todos modos, no responden). En cambio, pregunta «¿Cómo? ¿Cómo puedo pasar por esto de manera que honre a Dios y le agrade con mi fe?
- Captura y reemplaza las dudas (2 Corintios 10:5b) sobre la sabiduría de Dios antes de que ellas te capturen a ti como lo hicieron con Job en Job 3.
- Eleva oraciones de *agradecimiento* (Filipenses 4:6-7), y no oraciones que acusen o que demanden. El agradecimiento de Filipenses 4:6, abre el grifo de la paz de Dios en Filipenses 4:7.
- Utiliza las Escrituras, los himnos y las canciones (Colosenses 3:16; Efesios 5:19) para centrar tus pensamientos en la sobrecogedora sabiduría de Dios de Job 38-41.
- Cuando estés batallando, identifica qué es lo que te está haciendo tambalear:

¿Un mal consejo? ¿Tiempo? ¿Expectativas? Puedes repasar «¿Por qué trastabilló Job?» en este fascículo.

- Si estás albergando un pecado secreto, arrepíentete. De otra manera, regocíjate en que – como un niño perdonado – tu calamidad no significa que Dios esté enojado contigo.
- No te retires. Acepta el amor, el aliento y la ayuda de la familia de Dios (Hebreos 10:24-25).
- Recuerda que la fe es lo que le agrada a Dios. Lo deleita. «*Sin fe es imposible agradar a Dios*» (Hebreos 11:6). Diciéndolo de manera positiva, eso significa, «Con fe es posible agradarle.»

La fe temerosa del Señor no es fácil cuando golpea la calamidad. Pero el Dios que se deleita en la gente que confía en Él, te dará la gracia para hacerlo. Y el libro de Job ayudará. Imita a Job en sus mejores momentos, no en sus peores. Evita las trampas en las que él cayó. Pero ante todo, recuerda – léelo una y otra vez – el encuentro de Job con Dios. En Dios, todas las preguntas de Job fueron contestadas. En Dios, Job encontró a una persona tan grande, tan sabia y tan amorosa que no le importó si comprendía o no lo que estaba sucediendo. Para Job, el temor del Señor fue la clave para lidiar con la calamidad. También lo es para ti y para mí.